

Logos, dia-logos y filosofía

HÉCTOR A. LLAMBÍAS
Universidad Nacional de La Plata

I

Confundidas una vez más las lenguas, la situación, no exenta de exasperado dinamismo, en que se halla el diálogo de los hombres en esta hora crepuscular de crisis y trágicos desgarramientos tanto más hondos cuanto que provienen de la ruptura interior del hombre, ofrece máxima dificultad para todo filosófico intercambio.

Concorre a llenar la medida de la incompreensión el tremendo individualismo con que cada persona, en angustiada búsqueda por extrañas y bloqueadas rutas, quisiera cobrar o recobrar el sentido de la concreta existencia.

Condicionada esta situación en el orden teológico por el desarraigo respecto de la trascendencia infinita de Dios, en el orden mundanal, por la pérdida de la tierra firme de las evidencias racionales y sensibles, a causa de las últimas expresiones del idealismo, siempre fascinado por la "escolástica" de Kant cuya crítica no se lleva a fondo ni renueva bastante en lo que se refiere al fundamental problema gnoseológico, a pesar de los testimonios definitivos aportados por la filosofía tomista (v. gr. Etienne Gilson, *Le Réalisme thomiste et la Critique de la Connaissance*, Paris, Vrin, 1947), y, en fin, condicionada en el orden histórico de la no pensada existencia, que no pesa menos sobre el espíritu humano, "sumido" en la carne; he aquí que en el seno de la última y más refinada recaída subjetivista (Husserl confiesa en sus *Meditaciones cartesianas* el final idealista del método fenomenológico definido por el extremo rigor de la ἐποχή sobre el orden de la existencia real) estalla la vuelta heideggeriana, "a las cosas mismas" sí, pero no sólo, o no ya, vistas en su estructura inteligible puramente objetiva y eidética, sino "vivas" en su onticidad existen-

cial, mediante una suerte de pensar creador, preconceptual, asomado en angustia al nacer mismo de las palabras nuevas.

Y, fatigado el pensar, de los abusos de una razón autosuficiente que ya en Hegel, como denunciara Kierkegaard, y de nuevo en Husserl y en los "neo" idealistas se vuelve contra la razón misma, se ha dado en concebir la Filosofía y por ende el diálogo filosófico no más como obra al fin de la inteligencia y del discurso, como conocimiento intelectual cierto cuya certidumbre, si no siempre su hallazgo, se basa en demostración por causas y es en consecuencia susceptible de *comunicación* interpersonal, y, en cierta medida, de posible docencia, sino más bien como solitario y en definitiva imposible *esclarecimiento* de la existencia en su inmediatez y en su concreta singularidad.

Porque éste es el intento y el significado de la adopción del nuevo método: ya, inconsecuentemente, aspire con Heidegger *a una comprensión del sentido de la existencia como tal y no sólo de la existencia humana*, movido de admirable intención realista y aspiraciones a una verdadera ontología, ya, con más *resolución* y espíritu de tragedia, si cabe, acepte con Jaspers el confinamiento de la investigación, dentro de la ergástula de una existencia humana, desgarrada del mundo y en verdad desasida de esa presunta Trascendencia, inefable y aún *impen-sable*, a la que ninguna especie de conocimiento *ana-lógico* puede religarnos.

Pero, la realidad efectiva (esencia y existencia) no consiente tan desesperados abusos, ni la sobria razón admite que se la supere mediante negación absoluta que no deje lugar a ninguna *ana-logía*. De consuno, razón y realidad exhiben nunca tan parleros los místicos silencios, nunca tan razonados los irracionalismos, nunca tan propaladas las comunicaciones, nunca tan aglomeradas y colectivas las filosóficas soledades, dicho sea con la más dolorida y fraternal comprensión para los pensadores auténticos de las nuevas escuelas, pero en homenaje primero a la objetiva, real y existente verdad que a todos nos trasciende verdaderamente, aun cuando de ella sólo según nuestra propia medida participemos.

II

Pero ¿cómo negar la fecundidad histórica de la presente crisis, cómo no ver la oportunidad preciosa que se presenta, dentro de la

situación de nuestro casi imposible diálogo, para restaurar una meditación metafísica que apunte de nuevo al ser en tanto que ser, y que sea capaz de superar las múltiples agotadas ontologías de las esencias puras, y re-descubra el primado ontológico de la existencia, ratificando así el triunfo impar de Santo Tomás de Aquino, en esto, ¡nada menos!, superior a Aristóteles, claro está que existencialmente favorecido ante todo por la Revelación cristiana y en especial por la meditación de Agustín, a quien el Angel de las Escuelas jamás corrige y más bien integra sin la menor violencia?

¿Cómo negar la parte preciosa y terrible de verdad que en el existencialismo irracionalista se contiene, a favor de la interna contradicción que lo corrompe?

Sí, concedámoslo; pero, según las exigencias del orden cuya consideración incumbe al filósofo por excelencia, es decir al metafísico (*sapientis est ordinare*) recordemos que ante todo es necesario *distinguir, para unir*, según reza el juicioso lema que adoptara en feliz hora de meditación metafísica y epistemológica (*Les Degrés du Savoir*) ese gran filósofo de Francia, que es Jacques Maritain, antes de perder tiempo y excelencia de rigor tomista, en especulaciones morales demasiado próximas a la temporal contingencia.

Y, para poder distinguir, y evitar la penosa confusión, el filósofo debe, ante todo, respetar el orden de los saberes ceñido al orden de las realidades, en sí independientes éstas de la consideración de nuestra mente, y en sí cognoscibles como *son* en su propio *ser* y su propia ontológica verdad, desde que conocer, perteneciendo a un orden absolutamente superior a toda realidad física natural (es decir, material y sensible), sin dejar de ser *actividad inmanente* del sujeto que conoce, no consiste formalmente en construcción ni elaboración de nada, respecto del objeto conocido, el que, por el hecho *de ser conocido*, no experimenta ninguna modificación, sino recibe lo que insuperablemente la gran tradición filosófica llama: *denominación extrínseca* (Ver Tonquédec, Joseph de, *Critique de la Connaissance*, 3a. ed., Paris, Beauchesne, 1929).

Mas, el que conoce entra sí en efectiva relación real con el ser mismo de lo conocido (el conocimiento es en efecto una relación real trascendental), ya que por la actividad inmaterial que le es propia el sujeto cognoscente trae a existir en sí, aunque de otro modo, la misma esencia, lo mismo que la cosa es (al menos bajo alguno de sus

aspectos inteligibles) sin que pueda por cierto agotar *per eminentiam rei* la inteligibilidad de ninguna cosa por ínfima que sea, pues en verdad y a causa del sinnúmero de relaciones reales y de la inexcusable participación se ha de conceder que en cierto sentido se halla todo en todo, y esa infinita totalidad a que también inexcusablemente se mueve y se abre la inteligencia del hombre, sólo puede alcanzarse en su conocida, reconocida y en cierto modo acatada infinitud.

Se entiende, por fin, pero no se comprende (si bien se sabe filosóficamente que necesariamente *existe*, y aun se conocen por analogía algunos de sus atributos esenciales) el último y supremo objeto de la consideración intelectual, último y supremo fin de todas las tendencias de la vida del hombre, creado para la dicha.

Jolivet, entre otros, ha mostrado y ha ilustrado con estudios históricos, que son las limitaciones del empirismo en lo que respecta a la solución del problema gnoseológico, las que dan lugar siempre a las tentativas idealistas.

Con respecto al inmanentismo irracionalista en que se halla hasta ahora el existencialismo, sin que a nuestro juicio pueda salir legítimamente, como consecuencia del método adoptado (Heidegger, Sartre, Jaspers y también Marcel, aunque nos duela decirlo) ¿no podemos denunciar un nuevo más sutil y más envolvente *empirismo*, claro está que de una experiencia *vivencial* y no de los sentidos externos, como raíz de esta ontología siempre frustrada y nunca desembarazada de los prejuicios sistemáticos que subreptan en toda apriorística adopción de método, como es el caso de la hodierna fenomenología?

Esta es nuestra convicción al respecto.

El existencialismo irracionalista comienza su meditación filosófica limitado y bloqueado por el prejuicio de una lógica nominalista, o al menos conceptualista; y en uno u otro caso piensa de antemano que a nuestros conceptos abstractos y universales no corresponde objetiva y realmente más que una enigmática realidad que en nada corresponde a la universalidad de nuestros conceptos abstractos.

Heidegger mismo, por ejemplo, asomado al nacimiento de las palabras —filósofo filólogo— suspenso en intuición preconceptual, atiende con demasía al momento *poiético* de la intelección humana, y dejándose turbar por los fantasmas de la imaginación permanece en el plano sensible, muy a pesar suyo, no de otro modo que José Ortega y Gasset en su ingenioso *perspectivismo* que transpone meta-

fóricamente al plano de la realidad puramente inteligible esquemas tomados del saber matemático (que resuelve sus análisis en la imaginación) o del arte plástico (siempre en estrecha conexión con la geometría y sus números imaginables o visibles).

Restringiéndonos a Heidegger: fenomenólogo de la existencia, rechaza el concepto (λόγος) entre mil otras motivaciones porque su maestro Husserl no le dejó ver el carácter de *signo formal*, y *no instrumental* de la especie inteligible expresa, y el uno y el otro no redimidos del idealismo trascendental tornado ahora irracionalista (véase la interpretación heideggeriana del propio Kant) prejuzgan que todo objeto conocido es mera función o correlato del sujeto cognoscente; y puesto que la pretendida antinomia: Realismo-Idealismo, resulta insuperable en cuanto entre contradictorios no cabe tercero, atribuyen por fin, al pensar y al conocimiento humano en general (“creación” de criatura, si atendemos a la *poiesis* que sin duda no falta en la elaboración de la proposición enunciativa) el valor de una relación subsistente sin que efectivamente subsistan los términos de la relación misma.

¿Relación subsistente sin términos subsistentes relacionados?
¿Misterio o problema?

Cuando M. Sartre, regodeándose en ello, sólo mira inextricable absurdo y se acomoda a su repugnancia, no parece que desde el existencialismo quepa desengañarlo.

Nosotros no creemos de nuestra parte que sea oficio propio de la sabiduría, natural ni sobrenatural, detectar ontológicos absurdos, sino, más bien, desgarrando las paradojales apariencias, descifrar enigmas y aceptar la *quoad nos* demasiada lumbre del Misterio, jamás contrario al ser que la razón natural declara.

¿Relación subsistente? En efecto, el *Dasein* resulta formalmente constituido por el existencial “ser-en-el-mundo”, pero el mundo a su vez depende de la inteligibilidad que el *Dasein* proyecta de sí sobre el existente en bruto (*Seiendes*).

En fin, para colmo de arbitrariedad filosófica, la *nada aparece a la par del ente* como correlato objetivo de la vivencia de angustia y toda la transida meditación, de tan alta intención metafísica sin duda, se condena a una filosofía de la radical contingencia y del ser finito sin posible referencia al Infinito y Necesario, cuya esencia ciertamente se identifica con la existencia en la suprema identidad.

Desvanecida la razón, ni alcanza lo que puede, ni puede ya ser

sobreelevada por Quien infinitamente la trasciende sin destruirla ni abandonarla.

III

No sólo por lo que va dicho el existencialismo irracionalista hace imposible el diálogo y destruye la filosofía entendida como ciencia en el sentido tradicional del término.

Tributario de la fenomenología husserliana en sus principales representantes, desconoce la realidad de los universales y si bien recupera la noción aristotélica y escolástica de que sólo existen en sí y por sí las sustancias primeras, es decir, los individuos, a causa de su rechazo e incompreensión de la teoría de la abstracción conceptual, ignora que todo lo que existe o puede existir tiene su principio primero y necesario por el cual es inteligible, principio esencial que si en las cosas se halla actualmente en estado de existencia singular, es lo mismo (*ídem*) que en la mente se halla presente según otro modo de existencia. Porque si todo lo que existe, real o idealmente, en cuanto existe es inteligible, y si el espíritu tiene la capacidad de hacerse a sí mismo, sin dejar de ser lo que en sí es, *aliud a se*, entonces conocer no es igualarse ni asemejarse; es verdaderamente identificarse por modo intencional.

Claro está que tal doctrina gnoseológica supone en el cognoscente finito y en los objetos reales que alcanza directamente, distinción real entre la esencia y la existencia, las que se han como la potencia al acto y sin las cuales queda sin razonable explicación el devenir activo de la inteligencia y la inteligibilidad objetiva de los seres materiales, que son el objeto *propio* de la inteligencia humana, de modo tal *que todo lo demás* sólo puede ser conocido mediante la desdeñada razón y según analogía.

Nada de esto acepta y a veces nada de esto conoce el existencialismo irracionalista que en materia de escolástica con frecuencia tiene tal débil crítica histórica que aún algunos distinguidos representantes de la tendencia, no discernen el individualismo escotista, o la actitud ecléctica de Suárez, del tomismo riguroso, textual en Santo Tomás, conservado y desarrollado por la egregia y nunca perdida tradición de los Cayetano, Silvestre de Ferrara, Juan de Santo Tomás y en nuestros días, Del Prado, Manser o Ramírez.

Vueltos a la palpitante existencia de los singulares, justamente abitos de abstracciones idealistas y conceptualistas, olvidan que la esencia, de suyo ni singular ni universal, puede ser o existir como singular en las cosas y como universal en la mente, y que por la universalidad *fundamental*¹ la inteligencia humana es capaz de extraer la razón de ser, principio de la demostración, y formular en el juicio, connotando referencia al orden de la existencia, la verdad, que se halla en el espíritu pero que se funda en el ser objetivo y trascendente.

Sin predicabilidad no hay predicación, sin predicación no hay juicio, sin juicio no hay verdad completa puesto que sólo el *acto* que el juicio es, puede apuntar al acto de ser, al *esse*, a la existencia².

La simple aprehensión nos da ciertamente en forma abstracta la esencia, o algo de la esencia del objeto, por modo de esencia, pero si queremos volver de veras, "a las cosas mismas", será necesario que re-liquemos, re-unamos, sinteticemos, restituyamos al ente su integridad ontológica, vinculando la esencia, universal en la mente, conceptualizada y abstracta, con la existencia concreta *vivida en la sensación del sentido externo ante todo*, mas reteniendo que tan real es la esencia (abstracta) como la existencia (de lo concreto); que abstraer no es mentir; que el espíritu no abstrae para pensar abstracciones, como diera en hacer el idealismo decepcionante de la Edad Moderna harto madura, sino para pensar abstractamente la existente y concreta realidad.

Y por fin, contra todo prejuicio nominalista es indispensable que no se pretenda entender, ni conocer, ni comprender intelectualmente lo singular como tal, es decir, en *el sentido de algo singular puro que no participase de ninguna universalidad ya fuese específica, genérica o trascendental*, por la muy simple razón de que tal misterioso (o tenebroso) singular . . . ¡no existe, ni puede existir!

Quede para otra comunicación la prueba por demostración indirecta (*reductio ad absurdum*) de que lo singular, lo absolutamente

¹ Nos referimos al *universale fundamentale*, en cuanto el fundamento remoto y último de la intención de universalidad se halla en la cosa misma. Conf.: ST. THOMAS. 1º Sent., dist. 2, q. 1, a. 3, citado por Tonquédec (*ibid.* pág. 162, al pie).

² "Une ontologie qui porte sur l'être ainsi conçu repose donc d'abord et nécessairement sur l'assise solide des essences saisies par leurs concepts et formulées par leurs définitions; mais elle visera toujours, dans l'essence conceptualisable, l'acte d'esse, qui n'est conceptualisable, et que signifie l'acte du jugement". ETIENNE GILSON, *L'être et l'essence*, Paris, Vrin, 1948.

singular, privado de toda universalidad, es algo tan impensable e imposible como el ser contingente que fuese pura contingencia, de modo tal que todo su ser quedase exento de necesidad.

¿Cómo podría ser contingente más bien que no contingente si careciese de todo principio necesario? ¿Acaso podría ser y no ser contingente al mismo tiempo y bajo la misma relación? Pues ¿qué sería dicho ser?

NOTA: El innegable carácter polémico de la presente comunicación con respecto a los resultados de la investigación fenomenológica sobre la existencia *juzgada en plano metafísico*, no excluye el reconocimiento expreso del autor en lo que atañe al valor de las descripciones y análisis aportados por el existencialismo, ya en el orden psicológico, ya en el orden ético (de alcances más limitados), ya sobre todo en la crítica y en la filosofía del arte y de la técnica.

Para ello se ha de tener en cuenta que rechazar una forma de empirismo no significa rechazar la experiencia en toda su riqueza, aun cuando ésta sea interpretada o iluminada deficientemente por la inteligencia.

Asimismo se advierte la importancia de los mencionados análisis y descripciones como integrantes del saber práctico (de modo compositivo) que se ordena a la acción y a dirigir las operaciones de la voluntad, la que, como es harto sabido, a la inversa de la inteligencia no se mueve hacia lo universal, mas tiene por objeto *lo bueno* en concreto tal como existe *in natura rerum — hic et nunc*.